

te otorga la vida, la salud y la hermosura espiritual á los hijos de Jesucristo.

§. II.

8. Mas el cristiano que pasa mucho tiempo sin comulgar, moralmente no puede evitar los pecados y los vicios, como tampoco puede practicar debidamente las virtudes cristianas. Es ésta una verdad harto conocida de los profesores de nuestra Religión augusta y que por eso mismo debieran aplicarse con insistencia á la práctica frecuente de la Comunión. Á no ser por especial privilegio divino, que no se concede ordinariamente, sin la recepción frecuente del Santísimo Sacramento, es imposible evitar los pecados y los vicios. En primer lugar:

Por la propensión de nuestra naturaleza al mal. El hombre, por bueno que se le suponga, está siempre inclinado á obrar el mal en la presencia de Dios; si alguna vez deja de obrarlo es porque un dique fortísimo, superior á sus fuerzas, detiene el furioso ímpetu de las pasiones y le conserva en el bien. «Veo otra ley en mis miembros, dice el Apóstol, que contradice á la ley de mi voluntad y me lleva esclavo á la ley del pecado, ley que está en mis miembros; mas si algo me ha de librar de esta propensión de mi naturaleza es la gracia de Nuestro Señor Jesucristo (1).» «¿En qué consiste, pregunta el Agustino, que el hombre, asistido sólo de sus fuerzas naturales se hace débil y perece, pero unido á Dios se hace fuerte y se opone con valor y hasta es temible á todos sus enemigos invisibles?» Y se contesta él mismo: «Consiste en que Dios es perpetuo bien, y este bien es un acto puro que no puede crecer y disminuirse; la criatura es un bien dependiente y participado que puede crecer y destruirse.» Ved por qué para caer del pedestal de la gracia divina y para arruinarse en la miseria moral no se necesita más impulso que el de la propia naturaleza humana, mientras que para crecer y para sostenerse en la virtud y en la gracia san-

(1) Ad Rom. VII, 23.

tificante es absolutamente indispensable el apoyo y el auxilio de Jesucristo.

9. Y este auxilio y este apoyo lo concede gratuitamente el Salvador mediante los sacramentos, y especialmente por medio del Sacramento Santísimo, canal de la gracia divina y la gracia divina misma; tónico específico que destruye temporalmente la causa morbosa de la concupiscencia, como es al propio tiempo tónico corroborante que abre el apetito espiritual y da fuerzas al alma para que se sobreponga á sus pasiones. Es la Sagrada Comunión un verdadero atemperante que calma la excitación de los malos deseos y de las malas inclinaciones del espíritu. Por todas estas razones le conviene al cristiano comulgar con frecuencia. Es cierto que cuando éste comulga con las disposiciones debidas, entra Jesús en él y le derrama innumerables dones, suficientes para resistir por tiempo determinado el furioso embate de los sensuales apetitos; pero que pasado este tiempo, y ayudado de su misma tibieza, queda de nuevo á merced de las olas tempestuosas de las pasiones; entonces, si no recibe de nuevo á Jesucristo, cae con harta facilidad y como naturalmente en los mismos defectos en que antes se precipitara.

10. Los enemigos personales que por todas partes nos acechan influyen poderosamente para que el cristiano que no comulga con frecuencia no pueda evitar los vicios. Con mil bellos anzuelos que nos arrojan continuamente los espíritus malos, con otros tantos dorados lazos que nos preparan á todas horas los mundanos, con las bonitas proposiciones que nos ofrecen diariamente los adversarios de la Fe, ¿qué ha de hacer la criatura sin Dios? ¿cómo ha de resistir varonilmente, abandonada á sus propias fuerzas? ¿qué esperanzas tiene de la victoria el pigmeo David desprovisto de la buena honda que le es indispensable para matar al fiero Goliath, el cual preparado está con tremenda y afilada espada? Católicos: si no os atreveríais, desprovistos de armas, á pelear contra vuestros enemigos, antes bien, si posible fuese las llevaríais más poderosas que las suyas: ¿os atreveréis á luchar contra vuestra carne indómita á la que jamás quizá

habréis sujetado, ó si lo habéis realizado ha sido mediante la Eucaristía? ¿Osaréis lidiar con el terrible ejército de espíritus infernales sin contar con las armas de Jesucristo Sacramentado? ¿Intentaréis oponeros al mundo que tiene mil trazas con que envolveros en sus finas redes? Necios á más no poder son aquellos soldados que se presentan sin armas en el campo de batalla; temerarios, inconsecuentes por cierto, porque sin examinar sus fuerzas se disponen á perecer; pero mucho más necios, inconsecuentes y temerarios son aquellos cristianos que sin las armas eucarísticas pretenden arrostrar los obstáculos que se oponen á la vida del espíritu. Sí; el Pan de los fuertes es la poderosa arma de la que se valieron los primitivos cristianos y los mártires y los anacoretas y los confesores y las vírgenes para desafiar sus enemigos y librar la cruda batalla á sus almas. Sin esa divina arma, el cristiano se sumirá en el pecado y jamás saldrá del abismo del vicio. Ojead la historia y notaréis cómo toda suerte de herejes empezaron su funesta tragedia por ausentarse de la Sagrada Mesa; que para negar al fin á un amigo el mejor medio es separarse de su lado y no frecuentar su compañía. Recordad que Lutero y Enrique VIII establecieron su pretendida Reforma, comenzando primero por no comulgar, luego por separar á los fieles de la participación sacramental, y finalmente por negar y blasfemar del dogma eucarístico. Mas, ¡ay! si estos horribles monstruos fueron en un principio ardientes defensores de la Fe Católica, porque la alimentaban con los nutritivos principios de la Eucaristía, y al separarse de Ella cayeron rodando en el abismo, ¿cómo nos libramos nosotros de la caída si no frecuentamos la Comunión?

11. Obrando la Santa Eucaristía en el alma lo que el manjar terreno en el cuerpo, dicha semejanza nos enseña que el católico que no comulga á menudo no puede evitar los pecados. En efecto; nadie, por estólido que se le suponga, deja para el día siguiente la comida perteneciente al día de hoy; nadie, en consecuencia, deja de comer una semana para restablecerse en otra; nadie, por fin, afirmará que basta co-

mer una vez al año ó al mes para sustentarse; y sin embargo, ¡qué lógica! siendo la santa Eucaristía eficaz mantenimiento del alma, ¿basta que sea recibida una, dos ó tres veces al año? ¿Creéis, acaso, que este argumento es efímero? ¿Creéis que es hijo del fervor indiscreto, ú originario de un discurso ligeramente premeditado? Oid á la Verdad eterna que dice: «El pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo; y en verdad os digo que si no comiereis mi carne y bebiereis mi sangre no tendréis vida en vosotros;» y nos consta que la vida espiritual se extingue muchas veces al año; luego otras tantas por lo menos es necesaria la Santa Eucaristía á fin de recobrar aquellas fuerzas vitales. Luego, ¿qué fundamento tienen aquellos malos ó negligentes católicos que no les da rubor de propalar:—basta que comulge una vez al año para ser buen cristiano?—Quisiera yo que el desdén con que tratan á su alma lo aplicaran á su cuerpo. Si comulgan una sola vez al año, ¿por qué no comen también al año una sola vez?

12. Por alguna razón ordenó Cristo Nuestro Señor le pidiésemos el pan sobresubstancial todos los días. Los autores están conformes en que el pan á que se refiere el Salvador en la oración dominical es más principalmente el de la Eucaristía; por lo menos puede deducirse en un sentido más elevado. Al preceptuar, por consiguiente, que solicitemos diariamente este divino Pan es porque todos los días tenemos suma necesidad de Él; por esto dice S. Ambrosio que si la Eucaristía es Pan cotidiano debemos recibirla todos los días á fin de que diariamente nos aproveche. Por manera que el que no comulga, pudiendo, frecuentemente, con dificultad podrá llevar una vida exuberante que pueda resistir los agentes morbosos de la tentación; el que apenas comulga una ó dos veces al año, por lo general, esta Vida celestial de que hablamos, habrá huído de él; ese individuo estará en la muerte. Y estando en las regiones de la muerte, ¿cómo podrá practicar debidamente las virtudes cristianas?... Los ojos de un cadáver, aun recién difunto, no tienen brillo ninguno, están empañados con el sombrío

velo de la inexorable parca; si se abren, quizá por la rigidez cadavérica, son impotentes para mirar. ¡Ah! las virtudes del católico que rara vez comulga (legítimos ojos del alma por donde ésta exhibe sus operaciones) empañadas con el negro velo de la culpa no tienen, no, el barniz que les da la acción divino-eucarística; son impotentes para merecer ante Dios, y para captarse las simpatías del espíritu humano en orden á la eternidad.

¡Buen Dios, que desde las alturas del Sagrario te manifiestas al mundo con los hermosos destellos de tu luz y de tu amor! Que un rayo de esa luz divina penetre en nuestras inteligencias para iluminarlas, y que otro rayo de tu inextinguible amor atraviere nuestro frío corazón para que aprenda á amarte como Tú quieres y es nuestro deber. Amén.

EJEMPLO

«Como el espejo de Arquímedes, que reuniendo en un vivísimo foco el fuego de la bóveda celeste, lo despedía más adentro de los mares é incendiaba las flotas de los enemigos, así puede decirse que desde la santa Eucaristía se desprenden las llamas del divino amor y con ellas abrasa la tierra. De ahí los prodigios de amor en el corazón de los hombres que adoran á Jesucristo; de ahí esas legiones de mártires, de apóstoles, de confesores, de vírgenes y de santos de ambos sexos.

«Un príncipe protestante decía á un católico:—Yo no me explico la incontestable ventaja de vuestras hermanas de la caridad sobre nuestras enfermeras; las vuestras son abnegadas y perecen movidas de fuego sagrado para cumplir su piadoso oficio; las nuestras carecen de celo y siempre se nota su espíritu mercenario y egoísta.—Varias razones podrían explicar esa diferencia, le contestó el católico; pero ésta sola es suficiente: nuestras hermanas de la caridad *reciben con frecuencia la santa Eucaristía*; en ella aprenden la abnegación y el sacrificio, y sostienen la debilidad natural con la gracia del Sacramento.

«Cuando el viajero que recorre el Egipto ve entrelazarse las datileras con los cedros, sicomoros y olivos, en las campiñas donde se hacen dos ó tres cosechas al año, admirado de la feracidad de aquellas florestas, pregunta la causa de tan exuberante vegetación, el egipcio, con noble orgullo, le señala el río Nilo, y le dice: Cada año hay una estación en que, desbordándose el río, pasa por sobre las barreras que forman su cauce é

inunda todos los campos de Egipto. Se retira después y deja la tierra cubierta de fecundo limo: he aquí el manantial de nuestras riquezas...; así, cuando se pregunta á la Iglesia la causa de ese rico tesoro de virtudes que germina en las almas, responde, como los egipcios, señalando el tabernáculo: he ahí la fuente de todo lo grande que hay en el Cristianismo.»
Ortizar, Catecismo explicado en ejemplos.